

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CENTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. " 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. " 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA. calle del Arenal, núm. 27. Madrid.

SUMARIO.

«Las Fiestas de Toros impugnadas por D. José de Navarrete,» por Don Jerónimo.—«Lagartjo y Frascuelo y su tiempo,» Prefacio, por Antonio Peña y Goñi.—«Una denuncia,» por Fiacro Yráyoz.—Bibliografía taurina.—Nuestro dibujo.—Revista de toros (corrida extraordinaria á beneficio del Hospital provincial), por Don Jerónimo.—Noticias.

«LAS FIESTAS DE TOROS

IMPUGNADAS POR DON JOSÉ DE NAVARRETE.»

II

TIMADORES, ESPADISTAS Y RATEROS.

D José de Navarrete escribe en su folleto los párrafos siguientes:

«Los toreros hacen más daño que en las temporadas de lidia, en las de huelga, y la razón es obvia. Cada uno de ellos, hasta el último banderillero, más aún, hasta el último maleta tiene su corte de vagos, los cuales á su vez tienen otra corte cada uno de aspirantes á amigos de toreros. De entre estos cortesanos de gorra, pelo hacia adelante y echado sobre la oreja, chaqueta corta, pantalón ajustado, botinas de color y las manos en los bolsillos de la chaqueta, mozos que se acostumbran á la holganza, y por mantenerla dan que hacer al diablo, salen mayormente los timadores, los espadistas y los rateros.»

«Cuando los toreros van por las calles con sus chorreras en la camisa, sus botones de brillantes, sus largas cadenas de oro, sus sortijas y sus fijas de colores vivos, no sólo son admirados, sino envidiados de los pobres trabajadores. Estos, que fueron quizá sus compañeros llevando cubos de cal en una obra, aserrando madera ó podando una viña, los ven, de la noche á la mañana, porque descubrieron, el uno, que sabía cuartejar á la cabeza del toro, y vaciárselo el otro (habilidades para las cuales, después de todo, lo que se necesita es corazón), con dinero que gastar, y buena ropa, y mujeres, y vino, y holganza y la amistad de los señoritos. Hay, pues, que ser torero á todo trance. El horno está siempre lleno de masa. No se acabarán ciertamente las corridas de toros por falta de lidiadores.»

Esto dice, aunque increíble parezca, el Sr. de Navarrete, en un momento de ligereza.

Sí; indudablemente el Sr. de Navarrete no ha calculado el alcance de sus palabras, y se ha dejado llevar al azar y sin freno, por los ardores de una imaginación poco ponderada, como ahora se dice.

¿Cómo se comprende sino que una persona á quien debemos suponer ilustrada, lance, así, *ab irato*, y sin prueba alguna, violenta y calumniosa acusación á la frente de unos hombres que ganan el diario sustento honradamente, y cuyo crimen consiste quizá en no haber nacido entre paños de batista?

¿Cómo se comprende que el Sr. de Navarrete desconozca lo que es la sociedad y lo que es el

hombre, al extremo de imputar á una clase desheredada por la fortuna, faltas que la experiencia acumula en mayor cantidad y calidad á clases de distinto linaje?

Pasemos por alto esa corte puramente fantástica que el Sr. de Navarrete asigna á la gente de coleta, lo cual viene á poner una vez más en evidencia que dicho señor no conoce, ni poco ni mucho, á los toreros, y fijémonos en la afirmación inculcable de que la *corte* que rodea á los diestros, es la que da mayormente los timadores, los espadistas y los rateros.

Ah, Sr. de Navarrete! Si se fuera á hacer una estadística escrupulosa de los timadores, espadistas y rateros sin *alias*, que pululan por ahí; si se fuera á comparar el número de robos, estafas, falsificaciones, timos, abusos de confianza y toda suerte de crímenes que ponen de manifiesto la perversión de la bestia humana que no se acerca á los toreros, con los «cortesanos de gorra, pelo hacia delante y echado sobre la oreja, chaqueta corta, pantalón ajustado, botinas de color y las manos en los bolsillos de la chaqueta»; si se fuera á comparar la cifra que arrojan los timos de éstos, con la que arrojan los timos de la gente de chaqué, levita, frac y guante de color ó descolorido; si se fuera á comparar á unas clases con otras...

Ah, Sr. de Navarrete, qué terrible desengaño sufriria V.!

Cómo habla V. de arrepentirse de haber insultado sin motivo á esos infelices «cortesanos de gorra, pelo hacia delante, etc., etc.»

No, Sr. de Navarrete. El ejemplo del valor personal es una excelente escuela que, lejos de engendrar malos instintos, puede, al contrario, encaminarlos por el lado del corazón, que es el lado bueno. Canallas los hay en todas partes, y Talleyrand dijo una horrible verdad, cuando dijo: *Plus je connais les hommes, plus j'aime les chiens* (cuanto más conozco á los hombres, quiero más á los perros); pero es más fácil, mucho más fácil que la perversión cunda entre los que contemplan la molice y el lujo que mantiene á ramerías sin vergüenza y las lleva en carruajes de doble suspensión, que entre los que ven una existencia acomodada, ganada y sostenida, por un trabajo titánico y constante, durante ocho meses del año.

Cuando Talleyrand, que pasa por uno de los diplomáticos más refinados y cínicos del mundo, dijo lo que dijo, ¿aludía á los «cortesanos de gorra, pelo hacia delante, etc., etc.»?

No; aludía á las clases opuestas. Y era hombre que debía conocerlas al dedillo.

A mayor abundamiento, fresca y coleando está la siguiente *saeta* de Leopoldo Cano, que acaba de publicar una colección de ellas, muy hermosa y abundante:

*La vida del hombre malo:
 primero el ocio y el lujo;
 después, el juego y el robo;
 y, luego, el juez... y el indulto...

¡Cuán lejos está el autor de *La Pastonaria* de pensar como el Sr. de Navarrete!

Decir, pues, lo que el Sr. de Navarrete dice, es desconocer en absoluto la naturaleza humana, y vilipendiar á una clase que, lejos de ofrecer á sus *cortesanos* el ejemplo de la ociosidad, madre de todos los vicios, les enseña á luchar por la existencia con las armas del trabajo valeroso y arriesgado; con las armas de un trabajo que los hace objeto de admiración general; con las armas de un trabajo que ha dado muchísimos miles de duros á los pobres, y mantiene decorosamente á algunos miles de familias. Bien es verdad que el Sr. de Navarrete tiene del valor una idea deliciosa.

«... el uno, que sabía cuartejar á la cabeza del toro, y vaciárselo el otro (habilidades para las cuales, después de todo, lo que se necesita es corazón).»

Sr. de Navarrete; se conoce que V. no ha tratado nunca más que con hombres de corazón.

¡Un hombre de corazón! Eso se encuentra todos los días y en todas partes.

Napoleón I lanzándose, bandera en mano, á la cabeza del puente de Arcole, en medio de un diluvio de proyectiles. Bah! Para eso, después de todo, lo que se necesita es corazón.

Prim tomando el reducto de los Castillejos entre una lluvia de balas. Bah! Para eso, después de todo, lo que se necesita es corazón.

Alfonso XII aspirando los miasmas coléricos en el hospital de Aranjuez. Bah! Para eso, después de todo, lo que se necesita es corazón.

Lagartjo y Frascuelo, matando gratis cada uno seis toros para socorrer á los heridos del Norte. Bah! Para eso, después de todo, lo que se necesita es corazón.

¡Extraña idea la que el Sr. de Navarrete ha formado de los hombres de corazón!

Si se vendieran por ahí corazones de toreros, como se venden las manzanas y el madapolán, ¡qué pronto se acabaría el surtido!

Resumamos. D. José de Navarrete es una honradísima persona, un literato distinguido y un reputado novelista.

Hemos dicho antes que sólo en un momento de ligereza increíble ha debido escribir las líneas que hemos copiado. Eso digimos antes, y eso repetimos ahora, con toda la fuerza que presta una profunda convicción.

Y lo decimos, porque de no creerlo así, el Sr. de Navarrete demostraría que carece en absoluto del espíritu de observación, base fundamental de las operaciones de todo novelista digno de este nombre.

Y careciendo de espíritu de observación, podríamos afirmar, sin temor de que nadie nos desmintiera, que el autor de *Maria de los Angeles* no tiene la *envidia* de los grandes novelistas.

Ni la de los pequeños tampoco.

D. J. NAVARRETE.



LAGARTIJO Y FRASCUELO Y SU TIEMPO.

Antes de que nuestros lectores conozcan el *Préfacio* de la obra del Sr. Peña y Gaxi, que con autorización del autor publicamos á continuación, queremos darles una ligera idea de lo que es el nuevo libro del Director de LA LIDIA.

Lagartijo y Frascuelo y su tiempo, está dividido en dos partes.

La primera, titulada *Preliminares* abarca, en conjunto, la historia del toreo, desde los Romeros hasta la aparición en Madrid de Lagartijo y Frascuelo. En esa primera parte se examinan las famosas escuelas de Ronda y Sevilla; se fija la naturaleza especialísima del arte de torear; se hace un estudio crítico de aquellas escuelas, y se traza una historia ordenada y comentada de las más célebres competencias entre toreros, desde la de Pedro Romero y Costillares, hasta la del Tato y el Gordito. Esta parte contiene también una breve historia de la prensa taurina y de los documentos que la historia del toreo presenta al examen del crítico, para fijar la situación difícilísima en que ha de encontrarse necesariamente todo el que pretenda extraer alguna filosofía de la vida y los hechos de los más afamados lidiadores.

La segunda parte se titula **Lagartijo y Frascuelo**, y es, como el título indica, un estudio muy detenido de los dos celeberrimos matadores de toros.

En esa parte se traza primeramente la historia de Rafael y Salvador desde que pisaron por vez primera la plaza de Madrid, hasta el día.

El autor estudia luego á los dos separadamente, desde sus primeros pasos en el toreo; examina los medios taurinos en que ambos germinaron y se desarrollaron, y fija la entidad especial de cada uno, y la obra que los dos han realizado en el moderno arte de torear.

El libro termina con un estudio comparativo entre las corridas de toros hasta el apogeo de Curro-Cúchares, y las corridas de toros en tiempo de Lagartijo y Frascuelo, para venir á demostrar, mediante un detenido estudio de circunstancias y de hechos, que Rafael y Salvador, con sus sobresalientes cualidades y sus defectos, ocuparán en la historia del toreo brillantísimo lugar, al lado de los más afamados representantes del toreo de todos los tiempos.

Hechas estas ligeras indicaciones, he aquí el

PREFACIO.

Escribir la historia de Rafael Molina, Lagartijo, y de Salvador Sánchez, Frascuelo, es trazar la historia del toreo de hoy; es hacer la crítica detallada é imparcial de la importantísima transformación que el arte de los Romeros, Pepe-Hillo y Costillares ha sufrido en la época presente.

No se me ocultan las grandes dificultades inherentes al asunto, si éste ha de hacerse comprensible, sin gran esfuerzo, á la inteligencia de los toreros y de los aficionados.

Las cuestiones taurinas son extremadamente complejas, porque tratan de un arte cuyos principales detalles se resisten á una exacta comprobación.

Para convencerse de ello, basta fijarse en un hecho que la prensa taurina y los periódicos políticos que se ocupan de toros ofrecen á nuestra atención todos los días.

Un periódico asegura que el espada *A ó B* dió una estocada idá y se escupió de la suerte. Otro periódico afirma que esa estocada estaba en buena dirección, y que el matador entró y salió perfectamente.

¿De parte de quién está la razón? Imposible averiguarlo. ¿Por qué? Porque la posibilidad de demostrarlo no existe.

Para juzgar la dirección de la estocada, sería necesario hacer la autopsia á la res, y ver si el acero entró derecho y se desvió la punta.

Y cuanto á juzgar al matador, no habría poder humano que pusiera de acuerdo á quien había dicho que el espada se había escupido, con quien afirmaba rotundamente que había entrado bien y salido limpio de la cabeza.

¿Podría probar cualquiera de los dos su aserto? ¿De qué modo?

Todos los días se leen en los periódicos, así políticos como profesionales, las opiniones más encontradas, los juicios más opuestos, cuando se trata de juzgar una suerte taurina. Y dáse frecuentemente el caso de que no uno, ni dos, sino tres ó cuatro revisteros aprecien de tres ó cuatro modos distintos la ejecución de una suerte dada.

El uno dice que una estocada fué á *volapié*; el otro dice que fué *arrancando*; éste, que á *paso de banderillas*; aquél, que á *un tiempo*.

La confusión que las revistas de toros deben producir en el ánimo del aficionado y del torero, se podría hacer patente con sólo insertar, unas tras otras, las opiniones que se contraen á la lidia de un solo toro.

Entonces se vería que no hay medio de armonizar los juicios críticos, porque no hay modo de establecer unanimidad de pareceres entre los que dicen que una cosa es *blanca*, y los que afirman que esa cosa *blanca* es precisamente *negra*.

Esto demuestra, en mi concepto, hasta la saciedad, que la crítica taurina, la que pretende abarcar, principalmente los detalles de la lidia, es poco menos que imposible, sino imposible del todo.

Lo que no puede demostrarse, no puede convencer, y ya probaré en sucesivas páginas que la historia misma del toreo ofrece y ofrecerá siempre inmensos escollos á la crítica, sobre todo en aquello que se refiere al génesis del verdadero arte de torear, porque la falta de documentos y la escasa consistencia de los argumentos que los historiadores emplean para probar sus asertos, arrancan al toreo del terreno de la historia, y lo lanzan desde luego á las fantasías de una leyenda popular.

Antes de ahora he dicho algo con respecto á este asunto, y voy á repetirlo, ya que la oportunidad se presenta, contando con que el lector me perdonará si me cito á mí mismo:

«La crítica de toros existe no sé por qué. Un libro, una partitura, una escultura, un cuadro; todo eso está á nuestro alcance, vemos, oímos y palpamos; tenemos el documento. Además, las artes y las ciencias se rigen por leyes inmutables; pero pretender ejercer jurisdicción sobre lo que se ve de lejos y como en perspectiva, tratar de establecer reglas sobre un arte, oficio, ó llámese como se quiera, que lucha contra una masa móvil é irracional, cuyos instintos y transformaciones no pueden examinarse sino de cerca; reglamentar, en una palabra, lo que no es posible verificar, ni rectificar, por tanto, me parece un poco fuerte.

Si pienso después de esto en que Montes, que ha escrito un tratado de tauromaquia, sufrió más de treinta cogidas, y *Pepe-Hillo*, autor de otro tratado anterior, murió en las astas del toro, entonces la crítica me parece sobradamente ridícula.

Yo creo que debería la revista de toros contener

una relación animada y al por menor de todas las suertes é incidentes de la lidia, y dejar el resumen y las apreciaciones críticas... al curioso lector.

»A nadie se le ha ocurrido criticar á Leotard ni á Blondin, por ejemplo, y decirles que los saltos mortales se dan por este ó el otro lado, y el balancín debe llevarse de esta ó aquella manera. Creo que la vida de un hombre merece, cuando menos, esa pequeña muestra de respeto.

»Por eso repito que no hay discusión posible, tratándose de cuestiones taurinas. Donde no pueden vencer razones, tiene que reinar necesariamente la pasión» (1).

Tres años hace que escribí las precedentes líneas, cuando no pensaba volver á ocuparme de cuestiones taurinas. Y hoy que la casualidad, el dios de los tontos, que representa en mi humilde vida importantísimo papel, me ha traído á un terreno que creía abandonado para siempre, me aferro más á mi opinión.

Hasta tal punto estoy convencido de que en materias taurinas no es posible una serena y tranquila discusión, que escribo esta obra sin esperanza alguna de llevar la persuasión al ánimo de nadie.

Y si se me permite hablar con brutal franqueza, diré, sin ambages ni rodeos, que, encariñado hace tiempo del asunto que he elegido, escribo este libro, más que para dar gusto á los demás, para darme gusto á mí propio. Ni más, ni menos.

Tengo un primo hermano, frascuelista feroz, que cansado de discutir inútilmente con los lagartijistas, agotadas la paciencia y la bilis, ha apelado al siguiente sistema, que recomiendo con todo interés á los partidarios de uno ú otro diestro.

Cuando mi primo tropieza con un aficionado á quien no conoce, y éste le invita á hablar de toros, pregunta siempre:

—¿Es V. frascuelista?

Si el interpelado contesta afirmativamente, se entabla la discusión, todas son rosas y la cosa marcha, como es natural, á un largo, con todo el aparejo y viento en popa.

Pero si la contestación es negativa, no hay discusión posible. El frascuelista se niega terminantemente á hablar de toros, con tal de evitar indispensables disputas, y no hay poder humano que le haga pronunciar una palabra.

Alguna que otra vez, y previa promesa formal de que se ha de razonar tranquilamente, acepta, aunque de mala gana, la polémica que degenera indefectiblemente, como es sabido, en formidable regaño.

Alguna he presenciado en la cual, llegada la pasión al paroxismo, y cuando cinco ó seis lagartijistas invectivaban con furia creciente á Frascuelo, oía yo gritar á mi pariente:

—¡Son ustedes unos ignorantes! ¡Ustedes no saben ver toros! ¡No entienden ustedes de toros ni una palabra!

Y cuando los lagartijistas, fuera de sí al escuchar estas frases, exclamaban furiosos y con aire de desprecio:

—De modo que aquí el único sabio, el único que ve toros y el único que entiende de toros es V.!

—Ustedes lo han dicho—contestaba con la mayor serenidad mi primo.

(1) ¡Cuernos! Revista de toros.—Prólogo.

Y les volvía majestuosamente las espaldas.

Un gran método de discutir, no hay que dudarlo, cuando se trata de toros y de toreros. No existe otro más contundente ni más eficaz, allí donde la demostración resulta imposible, y el asunto queda reducido á una simple cuestión de gustos.

Es, por tanto, el único que deben emplear lagartijistas y frascuelistas, so pena de venir á las manos ó contraer una ictericia.

Peró emplear la palabra en un círculo privado, no es lo mismo que discutir con la pluma ante el público. En el primer caso, la libertad es ilimitada, y nula la responsabilidad. Cada uno puede abrir el regulador al entusiasmo y llegar hasta la hermosísima exclamación: «Lo admiro todo como un bruto!» que la obra de Shakespeare arrancó á Víctor Hugo.

Porque hay que tener en cuenta que, tratándose de Lagartijo y Frascuelo, puesto que estamos en este caso, no es lagartijista ni frascuelista convencido quien se contenta con entusiasmarse al hablar de las buenas cualidades de uno ó de otro diestro.

Admiradores de lo bueno deben serlo todos, y para extasiarse ante lo bueno, no hacen falta argucias ni esfuerzos de ninguna clase. La cuestión es que no debe conceptuarse apasionado por ningún artista, á aquél que sólo sirve para encomiar las buenas cualidades, que para ese viaje no se necesitan alforjas, sino al que atenúa los defectos, y hasta llega á convertirlos en bondad, estimándolos pasajeros contrastes que ponen de relieve lo bueno, y aumentan su valor.

Peró este modo de discutir que se usa en privado, no puede emplearse, no debe emplearse cuando la discusión se traslada al terreno de una crítica razonada é imparcial, que tiene pretensiones de ilustrar la opinión del público.

Confieso ingenuamente que soy de los que, en privado, discuten con apasionamiento y emplean la frase de Víctor Hugo que he mencionado hace poco, cuando se trata de un artista cualquiera, de cuyos méritos estoy plenamente convencido; pero así como confieso esto, confieso también que creo poseer la suficiente abnegación, para prescindir de toda ceguera, cuando me dirijo al público.

Este dualismo parecerá extraño á muchos, pero entiendo que puede aplicarse fácilmente, con fijarse en que la soledad y la meditación de un trabajo de gabinete, despojan al escritor del carácter impetuoso y apasionado que las controversias privadas imponen, sobre todo, cuando se trata de toreros.

Con la palabra hablada é irresponsable, es casi imposible sustraerse á la influencia que ejerce sobre las discusiones nuestro temperamento meridional; pero éste se modifica y atempera cuando la frase escrita es expresión de un pensamiento depurado por la crítica, en el aislamiento y en el estudio.

Lectores habrá (temo que sean muchos), que tuerzan el gesto y juzguen indigestas é inoportunas las anteriores pesadas declaraciones. Indigestas, sí; inoportunas, no.

He escrito bastante de toros y de toreros, y soltado prendas que la suspicacia pudiera echarme en cara, presentándolas como pruebas de contradicción.

Hé aquí alguna de esas prendas:

«Soy, pues, frascuelista, y frascuelista atroz, apasionado, intratable. Lo fui en *El Imparcial* cuando Salvador tenía pocos partidarios; lo soy mucho más ahora, que tanto han aumentado en número.

«Si los lagartijistas son inmensamente superiores en cantidad á los frascuelistas, me alegro mucho, y buen provecho les haga. Para ellos, Rafael es el primer torero y el primer matador de toros de esta época. Perfectamente. Para mí, Salvador es el primer torero y el único matador de estos tiempos. Que ellos tengan su opinión y me dejen á mí la mía. Yo sería capaz de conceder que Lagartijo pueda llegar á ser Arzobispo de Toledo, con tal de no discutir el asunto» (1).

Como se ve, la prenda no es floja, y creo ser un escritor honrado al exhibirla sin rodeos. Al leer esas líneas, podrían muchos exclamar:

—¿Lagartijo y Frascuelo y su tiempo? Pues no hay que hablar más! Este buen señor pondrá á Rafael como un trapo, y á Frascuelo por las nubes, y se quedará tan satisfecho.

Ni lo uno, ni lo otro. Como quedan Lagartijo y Frascuelo, ya se verá más tarde. Cuando yo escribí esa feroz declaración de frascuelismo, no creía que los hados temerarios volverían á meterme de hoz y de coz en las contiendas crítico-taurinas.

Hablé, pues, en privado; me expresé fuera de cacho, como quien dice, y esa exageración mía venía, en el punto y hora en que la escribí, á dar mayor fuerza á mi opinión sobre lo apasionadas que tienen que resultar necesariamente todas las controversias taurinas.

En el trabajo que ahora ofrezco al público, las circunstancias cambian por completo. Ahora hay que pensar, hay que estudiar y hay que razonar.—Las frases hechas no valen; los arranques retóricos huelgan.

Lo que salga de este estudio será todo lo malo que se quiera, pero estará fundado en algo.

¿Que no convence? Pues que no convenga. Ya he dicho antes que no me lisonjea la esperanza de convencer á nadie; no pretendo un fin, busco un resultado.

Y para terminar, ahí va una declaración importante, pero muy importante.

Cuando se vea que estudio y juzgo á Lagartijo y á Frascuelo, empleando el método de una minuciosa investigación de hechos y de circunstancias; cuando se vea que aplico á Rafael y á Salvador la teoría de los medios, habrá muchos que suelten la carcajada, ó me pongan cual digan dueñas, por dedicar á un estudio sobre Lagartijo y Frascuelo, la misma atención, la misma seriedad que si se tratara de dos grandes artistas, poetas, músicos, literatos, pintores ó escultores.

Si se burlan, que se burlen, y si se indignan, que se indignen; me importa poco. Es una sencilla cuestión de punto de vista. Cada uno es dueño de mirar las cosas por el lado que se le antoje, y yo juzgo las corridas de toros y á los toreros, desde mi punto de vista particular.

Cuando vuelvo los ojos á nuestra sociedad, á nuestra literatura y á nuestro teatro; cuando veo lo extranjero, es decir, lo malo del extranjero casi siempre, infiltrarse en nuestro modo de ser, y robarle sus rasgos más esenciales; cuando veo lo falso en el teatro y la novela; cuando veo las infectas traducciones que privan por ahí y se introducen en todas partes; cuando veo nuestro carácter mixtificado, nuestra sintaxis adulterada y nuestra lengua convertida en repugnante *horizontal*, llena de esos perfumes de moza averiada ó de vieja disfrazada de joven, que son la negación absoluta del estilo; cuando respiro por todas partes la mentira, y me la quieren imponer como si fuera la verdad; cuando veo y palpo todo eso, entonces me cobijo en las corridas de toros y en los hechos de los toreros, porque me enseñan la verdad, porque me enseñan á admirar el valor y la destreza en todo lo que tienen de real y positivo, porque me enseñan á admirar la virilidad, porque, en una palabra, me demuestran que, aquí donde lo extranjero lo ha invadido todo y lo ha corroido todo, aquí donde todo se ha transformado y se ha tambaleado al influjo de los tiempos y al choque de las circunstancias, sólo las corridas de toros han permanecido en pié, desafiando todos los cambios sociales y políticos, y tanto más potentes, cuanto han sido mayores los denuestos y las injurias que sobre ellas han caído y siguen cayendo. Y esto, ¿por qué? Porque son el último resto de lo único español que vamos conservando, porque encarnan el carácter entero del pueblo español, y porque dan á entender que en medio del desquiciamiento que parece amenazarnos, se levantan como la protesta más elocuente contra los que conceptúan decaído el valor y la fortaleza de las clases populares de España.

Y mi entusiasmo por las corridas de toros crecería aún más, si fuera posible, al escuchar las palinodias de ciertos aficionados, víctimas de un momento de aberración pasajera, ó dotados de un nivel intelectual poco enviable.

Después de esta leal declaración, después de este *Himno de Riego* mal instrumentado, que opongo á ciertas *Marsellesas* cursis, entro en materia con el necesario desahogo.

«Gracias mil á quien me aplauda
Y mal rayo á quien me pegue.»

Sobre todo, que nadie se llame á engaño.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(1) ¡Cuernos! Revistas de toros.—Prólogo.

